

de su hija y del viage que habia emprendido. Reflexionó con atencion en todas las ideas, en todas las frases, y aun en todas las palabras de su carta, á fin que pudiese determinar al anciano á dar su aprobacion á una empresa tan extraordinaria. Veremos despues el efecto que ella produjo. Butler se la dió á un paisano, que tenia frecuentes relaciones con Deans, el cual se encargó de entregársela en sus propia manos.



## CAPITULO XI.

Un viage de Edimburgo á Londres, es hoy una cosa muy sencilla y muy fácil, y el viagero aun el mas novicio puede hacerle en poco tiempo, con la mayor comodidad y sin el menor peligro. Numerosos carruages de todos precios, y otros tantos barcos, estan continuamente en camino por tierra y por mar para ir y venir de una capital á otra, y cualquiera puede en pocas horas formar el proyecto, hacer los preparativos de su viage, y ponerse en camino. Pero no sucedia lo mismo en 1757. Habia entonces tan pocas relaciones entre ambas capitales, que muchos sugetos que viven aun, se acuerdan haber visto llegar al correo á la capital de Escocia con una sola carta de la metrópoli de la Inglaterra. El modo ordinario de viajar entonces, era el tomar caballos de posta, uno para el viagero, y otro para el guia ó conductor que se mudaban en cada posta; y los que podian soportar este gasto y un egercicio tan violento, llegaban en poco tiempo al

término de su viage. Mas los pobres, no tenían otros medios que los que les había concedido la naturaleza, y era preciso ó valerse de ellos, ó renunciar á todo viage.

Con el corazon lleno de valor, y con una salud robusta capaz de soportar las mayores fatigas, Jeanie haciendo veinte millas por dia y á veces mas, atravesó la parte meridional de la Escocia; entró en Inglaterra, y llegó sin accidente hasta Durham.

Mientras se halló entre sus conciudadanos, y aun en la frontera, su plaid y sus pies descalzos no habian llamado la atencion de nadie en razon de ser aquella la costumbre del pais; pero conforme se iba llegando á esta ciudad, notó que su trage ocasionaba algunos dichos de mofa, y algunas miradas de desprecio. Pensó que era faltar á la caridad y á la hospitalidad el burlarse de un extranjero porque estaba vestido segun la costumbre de su pais: sin embargo, como jóven prudente, reformó aquella parte de su trage que provocaba tales burlas. Cuando llegó á Durham, dobló su plaid, y le colocó en el paquete que llevaba bajo el brazo, y se conformó al uso de Inglaterra poniéndose sus medias y zapatos. Para suplir al plaid, que en caso

necesario le cubria la cabeza como velo, compró un gran sombrero de paja semejante á los que usan las aldeanas en Inglaterra para trabajar en el campo.

Pero yo estaba avergonzada, decia ella despues, cuando me puse por la primera vez sobre mi cabeza un adorno propio de una muger casada, siendo aun soltera, y se pasó mucho tiempo antes que yo pudiese caminar tan aprisa y con tanta comodidad con mis medias y zapatos como lo hacia sin ellos; pero afortunadamente se hallaba de cuando en cuando un césped á las orillas del camino, y esto facilitaba mi marcha.

Despues de estas mutaciones, creyó que nada la haría pasar por estrangera; pero vió bien pronto que su acento y su language ocasionaban las mismas burlas, que le dirigian en un dialecto mucho mas grosero que la gerga de su pais: entonces conoció que le interesaba mucho el hablar lo menos y las mas raras veces que pudiese; y así cuando algun pasajero le dirigia alguna palabra respetuosa se contentaba con saludarle cortesmente inclinando la cabeza pero sin hablar una palabra; y procuraba detenerse solo en los parages que le pa-

recian tranquilos y retirados. Encontró sin embargo que el pueblo inglés, aunque no tan decidido en favor de los extranjeros como eran las gentes de su país, á pesar de ser menos frecuentado no faltaba del todo á las leyes de la hospitalidad; pues obtenia su alojamiento y subsistencia á precios muy moderados; y algunas veces los huéspedes rehusaban recibir su importe diciéndole: amiga, teneis un gran viage que hacer todavía: guardad vuestro dinero, que éste es el mejor amigo que podais tener en el camino.

Muchas veces las huéspedes, compadecidas de su situacion, y atraídas por el aspecto amable é interesante de la jóven escocesa, le proporcionaban ya un compañero de viage, ya un asiento en algun carro, indicándole los parages en donde le convendria mas detenerse.

Nuestra viagera se detuvo un dia entero en York, en parte para descansar, y en parte porque dió la casualidad de hallarse en una posada, cuya dueña era escocesa, y en parte tambien porque deseaba escribir á su padre y á Butler, operacion que no carecia de dificultad, y que pedia algun tiempo, con motivo

de habersele presentado raras veces la ocasion de escribir una carta.

Sea lo que quiera de esto, hé aquí el tenor de las dos cartas, en las que no haremos otra correccion que la de algunas pequeñas faltas de ortografía.

Mi querido padre:

«Lo que me hace en este momento mas sensible y mas doloroso el viage que he emprendido es la triste reflexion de haberme decidido á él sin vuestro conocimiento. Puede ser que algun dia tenga que reprocharme el haber empezado esta peregrinacion sin haberos pedido antes vuestro consentimiento; pero Dios me es testigo que lo he hecho contra toda mi voluntad, y solo siguiendo el impulso de un presentimiento secreto, que parecia decirme, que yo seria el instrumento para salvar á mi hermana, pues de otra suerte ni por todo el oro, ni por todas las riquezas del mundo, ni por todas las tierras de las baronías de Dalkeit y de Lugton, jamas hubiera tomado semejante partido sin vuestro conocimiento, y sin vuestra autorizacion.

¡Ah! mi querido padre; si quereis que la bendicion del cielo caiga sobre mi viage, y so-

bre vuestra casa, decid una palabra, ó á lo menos escribid una linea de consuelo á vuestra pobre encarcelada. Si ella ha pecado, bastante la han castigado sus penas; y vos sabeis mejor que yo, que debemos perdonar á los demas, si queremos obtener perdon nosotros mismos. Perdonadme el que os hable así. Conozco que no conviene á una hija jóven, el dar una leccion á vuestras canas: pero estoy tan léjos de vos, y deseo tan vivamente saber que la habeis perdonado, que estos dos motivos me hacen decir sin duda, mas que lo que debiera.

Las gentes de este pais son muy atentas, y me han manifestado mucha cordialidad, lo que me consuela en el estado que me hallo.

¡Oh padre mio! Dadme vuestra bendicion todas las mañanas y todas las tardes, y acordaos en vuestras oraciones de vuestra humilde y apasionada hija-- *Jeanie Deans.*"

P. D. Os envio la adjunta receta contra la enfermedad que padecen las vacas en este momento en ese pais: me la ha dado una honrada muger muy instruida en la causa y remedios de las enfermedades de toda especie de ganados, particularmente vacuno.

Otra. «Cuando llegue á Londres iré á ver á vuestra prima *Mistriss Grass* la vendedora de tabaco, que tiene un cardo por señas en su tienda, y que os envia todos los años un regalito. Creo que será bien conocida en Londres, y que no me costará gran trabajo en hallar su casa por las señas.

Hé aqui la carta que dirigió á *Butler*.

Señor *Ruben Butler*.

«Persuadida de que esta carta os hallará mas aliviado de vuestros males, tengo la satisfaccion de anunciaros que he llegado sin accidente á esta gran ciudad. No estoy cansada, y sigo buena. He visto muchas cosas que me reservo contaros despues. La grande iglesia: molinos sin agua, y que el viento hace mover, cosa bien estraña: un molinero quiso hacerme entrar en uno de ellos para enseñarme el artificio, pero yo no he venido á este pais á hacer conocimiento con los estrangeros. Yo voy derecho mi camino. Saludo á los que me hablan atentamente, pero no respondo con la lengua mas que á las mugeres de mi religion.

Quisiera encontrar alguna medicina que fuese buena para vuestra salud *M. Butler*, porque en esta ciudad de *Yorck* hay boticarios que tie-

nen mas remedios, que los que serian menester para curar á todos los habitantes de Escocia. Pero ¿cómo saber el que os convendria? Yo quisiera que tuvieseis á vuestro lado alguna buena muger que os sirviese de madre, para cuidaros; que os impidiese fatigaros tanto leyendo, y dando leccion á los niños, y que por la mañana os sirviese un vaso de leche bien caliente. Entonces yo estaria con mas sosiego, con respecto á vos.

Tened valor, mi querido M. Butler: nosotros nos hallamos entre las manos de aquel que sabe lo que nos conviene mejor que nosotros mismos. Yo no dudo salir en bien con mi proyecto; y no quiero dudar de ello. Si no tuviese esta firme confianza, ¿cómo me atreveria á dirigirme á tanta gente, y á tan grandes señores, como es menester que yo hable? Pero cuando uno sabe que tiene un corazon recto, y que no pide mas que lo justo, no debe carecer de confianza. Si tal es la voluntad de Dios, aun despues de habernos separado en medio de las lágrimas y la amargura, podremos vernos en el gozo y la alegría. No os ruego os acordeis de lo que os dije á mi despedida con respecto á mi padre y á mi hermana, porque sé que lo hareis

por caridad cristiana, aun mas que por complacencia á los ruegos de vuestra obediente servidora, *Jeanie Deans*.

P. D. Si creéis, mi querido Butler, que debí haber escrito mas largo y haberos dicho cosas mas tiernas, suponed que lo he hecho, pues no quiero dudar de la pureza de mis sentimientos para con vos. Pensareis que me he hecho pródiga porque llevo medias y zapatos en Inglaterra; no, pero aqui no hay mas que los mendigos muy miserables que van sin ellos; cada pais tiene sus costumbres.

Otra: Si el tiempo de reir vuelve alguna vez para nosotros, apuesto que lo hareis de muy buena gana, viendo mi cara enterrada bajo un enorme sombrero de paja tan grande como la campana mayor de la iglesia de Liberton. Yo os escribiré lo que me diga el duque de Argyle cuando llegue á Londres. Escribidme dándome noticias de vuestra salud, y dirigid vuestras cartas á casa de Mistriss Grass, vendedora de tabaco, bajo la seña del cardo, á Londres. Si sé que estais bueno tendré mi imaginacion mas libre. A Dios, disimulad mi ortografia y mi letra, pues tengo muy mala pluma.

Aunque la ortografia de estas dos cartas no

era la mas correcta, podemos asegurar á nuestros lectores, que gracias á los cuidados de Butler estaban mucho mejor que las de muchas mugeres de buen nacimiento de Escocia, cuya mala ortografía y peor estilo, forman á veces un contraste extraordinario con las bellas ideas que se encuentran en sus cartas.

Ademas Jeanie en sus dos cartas manifestaba mas valor, mas resolucion y esperanza que la que tal vez tenia ella misma, pero era con el laudable deseo de disipar las inquietudes de su padre y de su amante con respecto á su viage, que no dudaba aumentarían sus penas.

Ella cerró sus cartas y las llevó al correo, en donde se informó del dia en que llegarían á Edimburgo, y se quedó sorprendida al saber el poco tiempo que tardarían. Concluida esta operacion volvió á casa de su huésped, que como hemos dicho, era su compatriota, y la habia convidado á comer, y á quedarse en su casa hasta el dia siguiente.

Se les echa en cara á los escoceses como una preocupacion, ó como un modo de pensar mezquino, la solicitud con que se buscan, se hallan y se prestan mutuamente los servicios de que son capaces. Creemos al contrario, que

esta solicitud procede de un honrado patriotismo, y que los principios y las costumbres generales de un pueblo forma como una garantia del carácter particular de sus individuos. Si esta opinion no fuese justa, hace largo tiempo que la esperiencia hubiese manifestado su falsedad. Sea de esto lo que quiera, si se considera la influencia de este espíritu nacional como un nuevo lazo que une á los hombres los unos á los otros, y que les conduce á hacerse útiles á aquellos de sus conciudadanos, que puedan tener necesidad de sus servicios, nos parece que debe mirarse como un motivo de generosidad, mas poderoso y mas activo, que el principio mas estenso de benevolencia general, que prescribiendo que se socorra á todos, no socorre á nadie.

Mistriss Bickerton, dueña de la posada de las siete estrellas en Yorck, poseia en el mas alto grado este espíritu nacional. Usó de tanta bondad, de tanta amistad con su jóven compatriota, y le manifestó tanto interés, que Jeanie, aunque de un carácter reservado, concluyó por confiarle toda su historia.

Durante esta relacion, la buena huésped

levantó mas de una vez los ojos y las manos al cielo, manifestando tanta sorpresa como compasion; y aun hizo mas, pues le dió algunos buenos consejos á Jeanie.

La huéspededa quiso saber el dinero que le quedaba. Jeanie le contó, y vió que tenia aun diez y ocho guineas; las restantes, deducidas las dos que le dió á Butler, las habia empleado en los gastos del camino.

-- Esto podrá bastaros, le dijo la huéspededa, con tal que podais llevarlas hasta Londres.

-- ¿Con tal que pueda llevarlas? le contestó Jeanie: yo os lo aseguro, salvo los gastos del viage.

-- Si, hija mia; pero los ladrones.... Vos estais ahora en un pais mas civilizado que el vuestro, pero mas peligroso; y yo no se que hacer para que no corrais ningun riesgo en el camino. Si quisierais esperaros unos ocho dias, nuestros carros saldrán para Londres, y yo os recomendaria á Joe Broadwhcol, él os llevaria sin gasto alguno y sin peligro hasta la posada del cisne de Londres. El podria decir algunos requiebros en el camino, pero no os inquieteis de eso; Joe es muy honrado. Y ademas ¿quién

sabe? Los ingleses no son malos maridos; y sino, digalo el difunto Moyses Bickerton. ¡Qué buen hombre!

Jeanie le contestó que no podia esperar tanto tiempo, y se alegró interiormente de verse libre de las atenciones del carretero.

Pues hija mia, como querais; pero no dejéis en vuestro bolsillo mas que dos guineas en oro y la plata menuda, lo demás cozedlo en vuestro corsé, porque los caminos no están seguros en veinte millas al contorno. Cuando estéis en Londres, si vais á preguntar en donde vive Mistris Glass vendedora de tabaco, todo el mundo se reirá de vos, y en vuestra vida la encontrareis; pero yo os daré una carta para un bello sujeto que conoce todos los escoceses que están en Londres, y que seguramente encontrará la casa de vuestra tia.

Jeanie recibió la carta con mucho contento, pero los ladrones de que habia hablado la huéspededa, la tenian con cuidado. Entonces se acordó del papel que la habia dado Ratcliffe, y se lo enseñó á la huéspededa, contandole brevemente el modo como le habia obtenido, y con que objeto.

-- Yo no entiendo una palabra de esta gerga, le dijo la huéspedada; lo que no era extraño, pues que estaba escrito en el lenguaje propio de la profesion de los sujetos á quienes se dirigia. No tiró de la campanilla, porque la moda no las habia introducido aun en aquella época; sino que tocó un pito de plata que estaba suspendido de una cinta certa de su asiento ordinario, y una gruesa criada se presentó al momento.

Decid á Dick Ostler que venga, le dijo Mis-triss Bickerton.

Dick Ostler llegó inmediatamente. Este era un perillan, cuya cara estaba llena de cicatrices, cojo, vizco, y cuyo aire era al mismo tiempo como de una bestia, pero maligno y socarron.

-- Dick Ostler, le dijo la huéspedada con un tono de autoridad, que manifestaba que era del condado de Yorck, á lo menos por adopcion. Vos conoceis el pais y las gentes que andan por esos caminos.

-- ¡Que! ¡que! señora; contestó, moviendo alternativamente un hombro mas que el otro, lo que podia indicar igualmente ó el arrepentimiento de lo que habia hecho, ó el sentimien-

to de no poderlo ya hacer: sin duda, yo conocí todo eso allá en mi tiempo.

-- ¿Sabeis lo que significa esto? le preguntó la huéspedada, enseñándole el papel que Ratcliffe le habia dado á Jeanie.

Dick miró el papel, abrió la boca ácia lo largo, se rascó la cabeza con todos los dedos de la mano, y al fin dijo: -- ¡He! ¡he! señora: pudiera ser que yo supiese alguna cosa, sino fuese que se le quiera hacer mal.

-- Ni en la mas mínima cosa, y vos tendreis un buen vaso de gin, si quereis hablar.

-- Pues bien, dijo entonces, tirando de sus calzones por la pretina y estendiendo una pierna para dar mas gracia á la postura que iba á tomar; yo me atrevo á deciros, que este pase será respetado por todas partes sobre los caminos de Escocia y de Inglaterra, si es esto todo lo que quereis saber.

-- Pero ¿qué especie de hombre es el que ha dado este pase, como vos llamais á ese papel? le preguntó su ama haciéndole una seña á Jeanie.

-- ¡He! ¡he! ¿qué se yo? Daddy Rat. ¡He! Ese era el gallito del Norte hace un año. Hace



tiempo que no se le ve por aqui. Pero no hay ningun celador de caminos desde aqui á Stamford, que no respete el pase de Daddy Rat.

Sin hacerle otra pregunta la huéspedea le dió el vaso de gin prometido y le despidió.

Mistriss Bickerton, despues de haber pasado la velada con Jeanie, hizo servir la cena, en la que comió de dos ó tres platos, se bebió media azumbre de cerbeza y dos grandes vasos de vino caliente. Jeanie, apesar de todas sus instancias, solo tomó algunas legumbres y un vaso de agua. La buena huéspedea antes de separarse de ella la dijo, que nada tenia que pagar por el gasto que habia hecho en su casa; le dió cartas de recomendacion para los mesoneros que conocia en el camino de Londres, y renovándole los consejos que le habia dado sobre el modo de ocultar su dinero, le dió las buenas noches, y le deseó un feliz viage, pues Jeanie se proponia partir al amanecer, es decir, mucho antes de la hora en que acostumbraba á levantarse nuestra honrada huéspedea.

La triste y solitaria viagera se levantó muy tempran oal dia siguiente. Iba ya á salir de la posada cuando Dick Ostler, que se habia le-

vantado mas tempreno, ó que no se habia acostado, le gritó: - Buen viage, muchacha, buen viage; cuidado no tropeceis al pasar la montaña de de Gunnerbury, pues hay muchas piedras en el camino. Jeanie se volvió ácia él como para preguntarle la esplicacion de aquellas palabras, que aunque al parecer indiferentes, le parecian enigmáticas; pero Dick puso un dedo sobre sus labios, y dando una media vuelta se entró en la caballeriza á cuidar de sus caballos. Apesar de lo que estimuló su curiosidad el mismo silencio, que al parecer le impuso Dike, como su aspecto no le inspiraba ni confianza ni deseos de seguirle, dejó la posada y se puso en camino. Al anochechar llegó á Ferry-Bridge, en donde se encontraba y se encuentra aun la mejor posada del camino real del Norte de Inglaterra. La carta de recomendacion que Mistriss Bickerton le habia dado para la huéspedea del cisne, y su aire sencillo y modesto previnieron de tal modo á ésta en su favor, que el dia siguiente le procuró la ocasion de un caballo de posta de retorno que la condujo á Tuxfort, de modo que al dia inmediato á su salida de Yorek hizo la mas larga jornada de cuan-

tas habia andado desde su salida de San Leonardo. Es verdad que estando mas acostumbrada á ir á pie que á caballo, se halló por la noche sumamente fatigada, por lo que tardó algo mas el dia siguiente á encontrarse en estado de continuar su camino.

Cerca del medio dia descubrió las ruinas ennegrecidas por el tiempo, del castillo de Newmarck, que habia sido demolido durante la última guerra civil. No tuvo la curiosidad de examinar unos despojos, que hubieran atraido la atencion de un anticuario, y se dirigió inmediatamente á la posada que le habian indicado en Ferry-Bridge. Mientras descansaba y tomaba un bocado, la criada que la servía, la miró de un modo particular, y concluyó por preguntarle, con gran sorpresa de Jeanie, si no se llamaba Deans, si no era escocesa, y si no se dirigia á Londres por un negocio judicial.

Jeanie, apesar de su carácter sencillo, tenia algo de la prudencia de su pais: segun la costumbre general de los escoceses no respondió directamente á esta pregunta, sino haciéndola otra, suplicándole le digese, porque se la hacia.

La Maritornes de la *cabeza del sarraceno*

de Newmark le dijo, que dos mugeres, que habian pasado por allí aquella misma mañana, habian tomado informes sobre una jóven escocesa llamada Jeanie Deans, que se dirigia sola y á pie á Londres para solicitar una gracia, y no podian persuadirse que no hubiese pasado aun por aqui.

Jeanie, sorprendida, y un poco alarmada, (pues se alarma uno ordinariamente por lo que no comprende) hizo á su vez diferentes preguntas á la criada sobre aquellas dos mugeres; pero todo lo que pudo saber fue, que la una era jóven y la otra vieja; que la jóven era muy alta: que la vieja hablaba mucho, y parecia tener cierta autoridad sobre la jóven; y en fin, que las dos tenian el acento escocés.

Estas señas no le descubrian nada; sin embargo, advirtió en su corazon un presentimiento funesto. Temia que estas dos mugeres tuviesen algun designio contra ella, y como le quedaba un largo camino que andar hasta el parage en que pensaba hacer noche, determinó tomar caballos de posta y un guia; pero desgraciadamente habian pasado tantos viajeros aquella mañana, que no habia quedado nin-

gun caballo en la posada: sin embargo, le dijo el huésped, que si quería esperarse, tal vez dentro de un par de horas volverían algunos de los que habían ido ácia el Norte. Jeanie ruborizada del miedo que había manifestado sin tener un verdadero motivo, le contestó que continuaría su viage á pie.

El camino es hermoso, continuó el huésped, todo es terreno llano, excepto la montaña de Gunnesbury, que está á tres leguas de Grantham.

Era precisamente á este pueblo á donde Jeanie pensaba llegar para concluir la jornada de aquel día.

-- Me alegro que haya una montaña, le respondió Jeanie. ¡Hay tanto tiempo que no he visto ninguna! Desde Yorck hasta aquí no se diría sino que han nivelado el terreno.

-- Si tanto os gustan las montañas, replicó el huésped, yo quisiera que os llevaseis la de Gunnesbury, pues es el infierno para los caballos de posta. Vamos, á vuestra salud muchacha; quiera el cielo que podáis hacer vuestro viage sin ningún tropiezo, pues me pareceis una muchacha resuelta y esforzada; y di-

siendo esto se bebió un gran vaso de cerbeza.

-- ¿Me parece que no habrá ladrones por el camino? le preguntó Jeanie.

-- Yo daría gracias á Dios de que no hubiese ninguno: sin embargo, hay muchos menos desde que han perdido á Daddy Rat; ya no están organizados en bandas como antes. Vamos, bebed un trago antes de partir, añadió, presentándola el jarro de cerbeza.

Jeanie le dió las gracias, y le preguntó cuanto debía pagarle por el gasto que había hecho.

-- ¡Pagarme! Nada, hija mia, nada. Vos no habeis bebido mas que un vaso de cerbeza, y la *cabeza del sarraceno* puede hacer este pequeño obsequio y darle un bocado á una muchacha como vos, sin venir á menos. Vamos; á vuestra salud; repuso el huésped, y echando otro trago soneluyó el jarro de cerbeza.

Jeanie se despidió entonces y continuó sola su camino. No dejó de afligirse cuando se halló sorprendida por las cercanías de la noche en la llanura que se estiende hasta la falda de la montaña de Gunnesbury, que está por todos lados llena de setos y almarjales. Aquel

sitio ofrece naturalmente á los ladrones todos los medios imaginables para esconderse esperando al incauto viagero, y para substraerse á la vigilancia y persecucion de la policia en términos, que no habia parage ninguno mas espuesto al robo, escepto las cercanias inmediatas á la capital de la Inglaterra.

Jeanie empezó á doblar el paso, cuando oyó detrás de ella el ruido de un caballo que trotaba. Por un instinto natural se apartó á uno de los lados del camino para dejarle el paso franco. El caballo no tardó en llegar, y Jeanie vió que llevaba dos mugeres, una sobre la silla, y la otra en la grupa.

Buenas tardes, Jeanie Deans, le dijo la muger que iba en la silla. ¿ Como encontráis aquella hermosa montaña que se descubre alla bajo, y que parece querer abrasar á la luna? ¿ Creéis que aquella sea la puerta del cielo, que tanto amais? Tal vez llegaremos nosotros antes de la noche; aunque mi madre viaja algunas veces mas aprisa.

Hablando asi, la muger se volvió sobre la silla, y puso el caballo al paso para poder seguir la conversacion; pero su compañera pa-

recia instarle para que continuase su camino, pero hablando en voz baja en términos que Jeanie apenas pudo oir las espresiones siguientes.

-- Calla perra lunática; estropajo de Bedlam, ¿ qué tienes tú que hacer con el cielo ni con el infierno?

-- Con el cielo nada, yendo en compañía de mi madre; con el infierno, allá veremos. Vamos Nag, anda hijo mio, corre como si fueses un mango de escoba, pues ya llevas encima á una bruja.

Entonces se puso á cantar, y el caballo partió al galope, de modo que Jeanie apenas pudo oir algunos sonidos inarticulados.



LIBRO DE INGENIERIA  
DE INGENIERIA  
DE INGENIERIA

Las obras siguientes son propiedad de don Federico Moreno, impresor y del comercio de libros de esta corte, y se hallarán en su imprenta, plazuela de afligidos, número 1, cuarto bajo.

*Cartas sobre la Italia*, con respecto á la religión, impresion de 1828; tres tomos en 8.º marquilla, 30 rs. en rústica.

*Refranes castellanos*, 1828; un tomo en 8.º, 6 reales en rústica.

*Lecciones elementales de Lógica*, 1828, un cuaderno en 8.º, 4 rs en rústica.

*Guzman de Alfarache*, nueva edicion, 1829; un tomo en 8.º voluminoso con 7 láminas finas; 17 reales en rústica.

*Matilde de Rokeby*, 1829; un tomo en 8., 12 reales en rústica.

*Manual de curiosidades*, 1830; un tomo en 16 marquilla, 8 reales en rústica.

*El Melancólico infatigable*, 1830; un cuaderno en 8.º, 4 reales en rústica.

*Lecciones útiles y agradables para instruccion de los niños*, un tomo en 8.º, 8 reales en rústica.

